

mecía la azulada nariz, los labios amoratados. Un hilo de sangre manaba de su manos destrozadas por gruesos clavos; y ellos más y más desgarraban las heridas á cada nueva convulsión del cuerpo agonizante... Vilo todo en un momento, y noté á la vez que la imágen me dirigía una mirada prolongada, llena de desolación y lágrimas... la propia mirada del mendigo, del hermano á quien rechazé.

Esta alucinación, que juzgué providencial, acrecentó mi pena. No hallaba reposo en parte alguna... Sali de mi casa, y fui en derechura á la calle donde el pobre me detuvo. Necesitaba que me perdonara. Si yo podía socorrerle y borrar con una palabra de amor el daño que le había ocasionado mi brutalidad, mi alma se libraba de una congoja acerba.

Pero búsquéle en vano... No estaba ya en aquella vía ni en las inmediatas. Pregunté por él; nadie pudo informarme. Yo fui entonces el menesteroso, y me sentí desamparado y triste.

EL PAÍS DORADO



CANTO PRIMERO

PETRÍN Escampa, Juanillo Barrufete, no hubieron menester luengo dictamen para embolsar las herencias.

Los dos camaradas tomaron un baño de oro, que despertaba en sus almas ilusiones de idéntico color.

Ven los paisajes más dilatados, más hermosos. ¡Qué de fulgores en el celaje! ¡Más dulcemente las aves cantan!

El bosque murmura promesas de flores; el viento que lo inclina, blando es como el Amor.

La tosca rana dice más alegre cantar; todo el mundo resplandece, es el aire torrente de luz.

—Oh Petrán Escampa—dijo Barrufete—uno se ahueca de satisfacción.

Algodivino hay en mi fantasía; voy soñando, soñando... Ni acertara á decir que fué de la vereda.

—Yo sueño asimismo—contesta el otro mozo.—Me extasia de placer una visión.

Ante mis ojos, como hada hechicera, flotando va en los aires relucientes la alegría loca.

Sabrosa, el pecho entreabierto, los cabellos al aire, mírame riendo con dulce mirar.

Su boca, humedecida por rojo licor, mitad gozosa, mitad imprudente, me manda un beso.

Siento ya en mis venas el ósculo de amores. ¡Al diablo los duelos! No hay sino darse á la zalagarda.

—¿Buscaremos posada, vivaracho hermano?—Suntuoso hermano, ricamente nos acogerán.

—Mesa bien provista, cama encortinada. Mejor vida llevaremos que un abad mitrado.

Rien, rien ambos, siguiendo el camino. Ignoran lo que dicen y á donde van.

Cuando más distraídos avanzan,

el sol desaparece. La sorpresa les detiene. ¿Por dónde pasan? ¿Dónde están?

A guisa de franja, de toda rama cuelgan flecos de rosas blancas y campánulas azules.

Florece todo renuevo; el aire es grávido de perfumes. Dejan los murciélagos un rastro de luz.

¡Tierra de encanto; fresca, dulce soledad, penetrada de serenidades!

Los caminos se mezclan en calles de verdor. ¿Quién sospecha á do lleven? Pronto los caminos se pierden de vista.

—¿No hay vislumbre de masía?

—No veo tal.—Es ya tarde. Fenece el incendio del día.

Los muchachos exploran el país atentamente. Azóranse de pronto. —¿Oyes? ¡atiende!—

Allá á lo lejos, en la maraña de los plácidos vergeles, suena una dulce canción como de serafines.

Débil, vagarosa, són de ecos muriente... pero ¡cuán halagüeña! ¡cómo arrastra el querer!

Es una canción de vida, de alegre tono... Parece un llamamiento á generosa fiesta.

Así en el valle coronado de bosques, el escondido manantial invita al sediento con risas y canciones.

Habla Escampa, y dice:—¿Oyes, Barrufete? Voces son de mujer, como no sean artificio de duende.

¿No te enamoran?—Arrobado estoy.—¿Busquemos á los cantantes?—De buenísima gana.—

Mécese un lirio en mitad del sendero; mécese y murmura:—Seguid; por acá.—

Apenas lo oyeron, páranse dudosos. Conmueven á la par sus corazones la alegría, el pesar.

Han comprendido de una vez que, inconscientes, penetraron en mundos de leyenda.

Escuchan y miran. La claridad se extingue. Cierra la noche, sepultando el asombro de los dos muchachos.

No se distingue trocha ni vereda. ¡Sólo tinieblas, noche! Luego, la luna emerge sobre la selva.

Y á sus fulgores resplandece un ideal palacio que lejos, muy lejos, yergue sus torres sobre el cielo azul.

Es de cristal sin duda; la luz relampaguea en él como en un espejo;

las torres esbeltas brillan como agujas de hielo entre las neblinas humeantes del espacio.

De allí surgen los dulces cantares. Los dos mancebos lo juraran.

Veloces, se encaminan allá. ¡Qué hermoso castillo! Cada mirada descubre en él nuevos prodigios.

Cada paso lo acerca, cada paso lo aumenta una miaja. ¡Malhayan las frondas que lo cifien y ocultan!

Marchan anhelantes, ¡oh eterno camino!... Por fin, se avecinan á la morada.

¡Qué regio, que altivo juego de cornisas! ¡oh muros limpios! ¡oh feliz visión!

De vidrio son las paredes soberbias, de vidrio ó marfileñas; tejados y cimborio recamados de plata.

Ancha escalinata asciende á la morada. Cerrada está la puerta. Ábrese, y retíe

con metálico són que por largo espacio se prolonga y vibra; queda de par en par, y se divisa el mágico interior.

Y de allá salen á la escalinata, á pares, con trajes de gala, tachonados de joyas,

bellezas tempranas, cuyo talle exquisito dibújase en el vestido con sensual precisión,

calladas descenden; leves avanzan el lindo pie; blancas son, vaporosas como la bruma primaverál.

La luz de la luna bañaba sus semblantes. Bellas son todas; cada cual mejor.

Aparentando un profundo examen, hacen reverencia á uno y otro mancebo.

Esparce Barrufete locas miradas; Escampa avanza y dobla una rodilla.

—Egregias doncellas—les dice— ¡hablad! Sóis todas tan hermosas, que uno se cree juguete de un delirio.

Si no fuéreis diosas, ¿cómo definiros?

—Somos las cien princesas del País Dorado.

Vinimos á buscaros; si os place, venid en pos de nosotras; queremos guareceros en nuestro palacio.—

Así, dijo una doncella de faz ruborosa, puesta á la cabeza de la encantadora legión.

Sonriendo, inclínanse las demás, como diciendo:—Tal es nuestro propio deseo.—

Un ruiseñor deja oír su canto. ¿Será acaso que la misma noche eleva un cántico de amor

por entre las ramas de los chopos adormilados? Mas ya damas y mancebos, en el castillo juntos penetraron.

CANTO SEGUNDO

LA luna sombría discurre
enlutada, llorando, su da-
ño inconsolable.

»Vuela sola, muy sola;
no halla compañía; nada dulcifica su
pasión funesta.

»Llámaos la vida por mejor cami-
no; alcanzad las flores del árbol
de amor.»

—Cantar de luna nueva—murmura
una voz.—Buen agüero. El sig-
nifica venturosa entrada.

Dicen otras damas:—¡Bien venidos
seáis! ¡Avanzad! Os sonríen los ha-
dos, propicio es el instante.—

Sus cabezas se agrupan alrededor
de los mancebos, en un mar de velos
que flotan y ondeantes cabelleras.

Los ojos son auroras de días de

ensueño, que prometen instantes de placer nunca sabidos.

Las bocas encierran los besos nacientes. Agítanse los perfiles bajo el cendal de la ilusión.

Bajo la gasa, blanca como la flor del arce, la carne primorosa revela sus matices.

Brilla acá un brazo desnudo aljofarado de diamantes; allá, unas haladas de pliegues exquisitos

nadan tornasoladas en el derroche de luz, esparciendo el valioso crujido de la seda.

Todo es luz y perfumes, espléndida riqueza... Respirase en el aire una embriaguez.

Sienten los mancebos latir sus venas. Miran con blandos ojos... dejan que los guíen.

Jamás vieron galas de tan risueño encanto... Y atraviesan salones... y un largo pasadizo...

Y tras mucho avanzar penetran al cabo en una inmensa cámara que deslumbra sus ojos.

Grandiosa es la nave, como de catedral; la bóveda cuajada de riquezas; doquiera se derrama una belleza sin mesura.

De rico cadenaje suspendidas, mil lámparas incendian los aires con su luz;

y en la columnata, y en los muros de cristal desborda una locura de vividos fulgores.

Y la alfombra, ¡qué maravilla! Los muy novatos se acongojan... ¡Ah, pisar un tesoro semejante!

Sus piernas se doblan; su pie se entorpece. Tres bellas les dicen, suplicantes:—Venid, y sentáos.—

Los asientos que les indican, tronos son dorados. Allí se instalan los mancebos, mudos, palpitantes.

En tanto las hadas se reúnen acercándose á ellos en teorías, á guisa de olas infinitas.

De los más nobles tipos que en tierra y cielos recibieron homenaje de idolatría, véanse allí dechados:

Hadas, bayaderas, las peris de la Persia, las guerreras valquirias, las huris del Islam...

Y todas ostentan sublimes ropajes; y siéntanse todas con muelle pereza en bancos, triclinios, divanes, escabeles, revestidos de armiños, de pieles fabulosas.

Habla cada cual con apagado

acento, y suena en los ámbitos creciente murmullo.

Y en mitad de la hueste, magestuosa, blandiendo una copa de plata cincelada,

levántase una esbelta rubia de ojos azules muy oscuros... Cual druida celta al disponer un conjuro estremécese y grita:—¡Salta, rico manantial! Néctar de la vida, derrama tu jugo.—

Y como una trenza de oro, surge en el espacio un chorro que llena la copa con recio murmullo.

Salta, salta, salta... ¡Qué gritería, qué alboroto! Ya toda la legión acude á beber.

Y, en el espacio la alegría zumba. Así el enjambre, al rayo ardiente del mediodía, vuela en torno á un ramo.

Redobla la algazara; reclámase el baile; suena al instante una orquesta.

¡La danza! la danza! Comparecen galanes, y cada cual se precipita hacia una dama.

Escampa es el primero que empareja; unido á su bella se la llevó saltando.

Barrufete vacila, sorprendido.—¿A quién elijo? La postrera que miro, me parece más bella.—

Entre tantas damas no acierta á resolver; divinas son todas; ¡oh deliciosa perplejidad!

Mientras vuelve la cabeza, repasando sin tregua, una, impetuosa se cuelga de su brazo.

—¿Te gusto?—Me places.—¿Danzarás conmigo?—Una y cien veces, carnal serafín.

Apenas la mira, se enamora el pobrete. A medida que con ella discurre, se embebece más y más.

La estrecha dulcemente, la habla en voz baja.—¿Cómo te llamas?—Lobica—¿Y tú?—Barrufete.

Giran, y derraman la miel de su pecho; duran las sonrisas, florecen dichos de amores.

Giran nuevamente, y ya se hablan con la intimidad de los viejos amigos; cuentan mil cosas que solo significan que se aman.

A la tercera vez el sensible muchacho palidece; siente en el corazón la mordedura de serpientes de fuego;

angustia de celos, pesadumbre

mortal, ira sorda contra todo lo que vé.

No le complacen músicas y bailes; enójase, y mohino, dice al fin:—

—Oh hermosa Lobica, quiero ser tu esclavo, sé tú mi esposa; pero lejos muy lejos de este palacio.

Lejos de esta confusión, de esta zozobra, busquemos un albergue de venturosa paz,

aldea, ermita, recóndito paraje. ¿Qué ha menester el ave para unido?

Nadie fuera robador de nuestras vidas; no fuera nuestro amor jamás desanudado.

Bajo un rústico techo, más que al amparo de éste, hechizariame tu rostro piadoso y gentil.

Allí tus encantos gozaría con única privanza. Te adoraría como á los santos de la Iglesia.

¿Quieres, verdad? Huyamos. ¿A qué la risa? ¿No te plugo mi oferta? ¡Por Dios, responde!

Ella dice en el vaivén de las risas y las danzas:—Déjale al santo la escondida vida.

Embellece la boca la blanda risa. Como el pez en el agua, vivo yo en los donaires.

La soledad, de frío lecho, es mala compañera del goce. Quiero asueto, pompa, bullicio de gentes.

Ríe, canta, enloquéete. ¡Viva la bulla! Amor que entristezca, no me sabe á amor.—

Calla Barrufete, no acertando á responderla; quisiera soltar la risa, pero suspira.

En tanto baila Escampa con ocho ó nueve parejas; confunde las danzas, y las destruye alborotadamente.

El quiere danzas exóticas, sin orden, extravagantes; saltos inverosímiles; terremoto y escándalo.

Cautiva parejas, las suelta. Hace reinar la barahunda. Erigiendo cátedra, al fin danza solo.

Y se deshace en risas, ardiente gritería, muecas, piruetas, saltos atrevidos,

vueltas increíbles, dislocaciones, dispersando los miembros elásticos en el aire.

Y la gozosa banda le sigue, le imita; el techo cruje, el muro se estremece.

Serpentean los brazos como descuajados; y flotan revueltas cintas, faldas, cabelleras.

Al volar, el leve encaje semeja el hervor de espumas en una rompiente de mar.

Zumbando, se extienden los vestidos como llamas; los rostros se inflaman, jadean los pechos, todo crepita en confusión, todo baila vertiginosamente, salta, vuela, pasa, gira, resurge, viene y va.

Ya el fulgor del nuevo día doraba los cielos, y aun la zalagarda arremetía con denuedo.

Y en pos de la racha insensata del baile, vino una orgía, enorme júbilo de glotones.

Y hasta el mediodía, el sueño no rindió á su pujanza inflexible á los meradores de la gran mansión.

CANTO TERCERO



ESÓ la tremolina. Ya están los mancebos en su dormitorio,

estancia cándida y rosada, toda mármol, marfil, luciente seda. ¡Qué fantasía! ¡Qué primor!

Un vislumbre suave tñe la albura; difúndelo la seda reflejando la luz.

Así la aurora enciende la nieve, coloreándola con sus fulgores.

Desnuda, una ondina de mármol sostiene una concha preciosa á guisa de aguamanil.

Unos relieves, en las cuatro testas murales, simulan jardines donde los dioses duermen,

y en cada silla vese una cabeza dormida que parece respirar el sosiego de la noche;

las imágenes, grabadas con sutil ingenio, adormilan á quien las contempla.

Bello y holgado es el lecho, las almohadas de eider, blandísimo el ropaje, misterioso el dosel...

Cerrada la puerta, todo está en silencio; satura la estancia un regalado aroma.

Una lamparilla que arde en candileja de oro, cuelga del techo, difunde suave claridad.

Ellos se quitan los vestidos, entran en la cama. Apenas se recojen en ella, ábrense los corazones:

—Pues, señor—dice Escampa.—Yo estoy loco de contento. Aquí uno vive á pedir de boca.

Juegos y cabalgatas, bulla y galanteos, músicas y danzas, paseos y banquetes,

fiesta perdurable, asueto sin fin; tal será acá nuestra gentil conducta.

¿No te gusta el plan, caro Barrufete? ¿Tu sed insaciable pediría más?

¿De qué te quejas, que así entornas los ojos abatidos? ¿Qué quieres? ¿Qué te falta? ¿Por qué tu rudeza?

—¿Qué me falta?—dice el otro,

cabizbajo.—No hallo la paz en medio del tumulto.

Ame á Lobita... ya tu la conoces... ella es dorada, exquisita, ojos de zafiro.

Ámola, y para inflamar su corazón y sus sentidos, la dije todas las palabras del lenguaje tierno,

se las dije con sincera pasión profunda, con toda el alma, entre todas mis lágrimas.

Ella me escuchaba, aunque frivolamente; danzando y riendo dijo que me amaba con locura,

sus ojos se perdían en lejana algazara, y sus pies, sin tregua seguían saltando.

Un ritmo, una nota, robábanle el corazón con más fortuna que toda mi fiebre de amor.

¡Ah con cuantas veras odio ya el baile y la barahunda! ¡Ah cuanto deseo la lejana paz!

Yo maldigo el aire de este mundo insano; acá adivino la presencia del Impuro.

¿Quiénes serían aquellos hombres de rostro indeciso que surgen de improviso á reanimar los goces?

Su cara amarilla infúndeme pa-

vor, creí ver unas vagas cercetas en sus frentes de cabrito.

Su gozo sarcástico, sus labios ajutados, el irónico mirar de sus ojuelos, su aspecto de vileza, todo dice en ellos algo maligno y ruin.

Cuando recuerdo que ellos moran junto á mi amada, se agitan mis cabellos, erizados de horror.

El espejo de beldad que me enamora, acaso yace en lodo de torpezas.

La sola duda me abrasa. ¡Espantoso recelo! Parece que uno blasfeme de una celeste aparición,

y no obstante, gimiendo:—¡No es pura!—grita mi corazón. ¡Ah! ¡qué tormento puede compararse á mi agonía!

Tu eres libre, Escampa, huye de esta tierra; tu puedes aun vivir sosegado y feliz.

¡Huye de esta cueva de infamias! Aquí se maquina nuestra perdición.

Veo y toco cuanto dije; más ¿quién sabe, quién sabe? Acaso deliro; acaso la fiebre devora mi mente.—

Así dice, y llora hilo á hilo. Escampa, húmedos los ojos, dice con harta humildad:

—¿Por qué te desesperas, caro Barrufete? Arroja de ti la angustia que te concome.

Duerme. Bailaste demasiadamente. Necesitas calma. Todo al fin pára en que caíste enfermo.

Por ello será que en vez de alegrarte por nuestra fortuna, miras cerrazones y sombras de muerte; solo imagines culpas y quebrantos; y halles malquerencias donde reside amor.

Acá se nos ama; dudarlo es un crimen; liberalmente se nos regala, todos los placeres están sometidos á nuestro albedrío.

¡Oh hadas benévolas, edén de delicias, juegos regalados, benditos seáis!

¿Cómo no bullir en nido de venturas? ¿Cómo permanecer esquivo ó alicaído?

¿Quiéres que se conduzcan á guisa de monjitas esas donosas criaturas de pequeñas manos blandas, de cabezitas locas?

¡Deja que les diviertan danzas y amores! Exhale aromas el prado florido.

Si las rosas te dan su perfume,

¿qué te importa que ellas, generosas, lo derramen doquiera?

Embriágate, goza. Dilata el pecho. Confía generoso, y nada temas.

Tu dulce Lobita, ¿no te habló amorosa? ¡Qué importa que salte y ría en sus esparcimientos!

Y vaya, que se te arrima, de veras... yo lo ví, chiquillo. Te quiere, te quiere; con que Barrufete, pelillos á la mar.

Las hadas no mienten, nada al engaño las obliga, dicen lo que sienten... ¿Qué las impulsaría á la falacia?

—Oh querido Escampa—dícele su amigo—¿Crees sincera su pasión?

—Sincera y ardiente; te lo aseguro.—¿Diceslo sin engaño?—Lo jurara.

¿No viste que esas hadas de corazón blandísimo se enamoraron de nosotros?

¿No vés que ansian nuestras miradas, y nos seducen con todas sus artes?

Considera si estará hueca la primera que pudo vencerte.

Sin duda repasa cuanto la dijiste; y en tus palabras funda mil sue-

ños su corazón que ya entorna el sopor.

Sueña pues en ella. Duerme, que harto hablamos. Los párpados cansados se me cierran;

halágame el sueño, todo ante mí se borra. La lámpara se apaga; tengo miedo; dame la mano.—

Serpentea la llama azul de la lucecilla; parpadea en la mecha, huye... y se consume.

Todo color se extingue; la tiniebla cunde. Los muchachos cierran los ojos; el sueño les vence.